

VISIÓN FUTURA DE EUROPA: INTERPRETACIONES RECIENTES¹

VÍCTOR L. URQUIDI

CARECEMOS TODAVÍA EN MÉXICO DE UNA COMPRESIÓN y una visión adecuadas de la Europa contemporánea, su problemática, su interrelación con otras áreas y con la creciente globalización, y su porvenir. Contrasta esto con la visión que tenemos –no siempre acertada– de América Latina y el Caribe, o de Norteamérica, como sendas regiones. Con las salvedades del caso que me puedan expresar los expertos en asuntos europeos, aprovecho esta oportunidad de ofrecer algunas reflexiones sobre cómo veo, desde México, la situación europea y sus perspectivas.

Mi interés en los asuntos europeos proviene de muchas fuentes, entre ellas haber hecho mis estudios universitarios en Londres, haber visitado casi todos los países que componen el continente europeo –el más reciente antes no conocido, la República Checa, en abril de 1994– y haber permanecido por tiempos prolongados, durante mi periodo de formación profesional y más adelante en la vida adulta, en naciones tan distintas pero tan europeas como España y el Reino Unido. Pude, con anterioridad a la segunda guerra mundial y durante sus primeros ocho meses, conocer de cerca el trastorno y la incertidumbre que esos difíciles momentos suponían para la población británica y otras que gravitaban en ese país y, en fin, nunca estuve alejado, en la posguerra y desde los años sesenta, de los temas que conformaban la vida europea ni de las transformaciones posteriores. Mi afiliación al Club de Roma desde 1970 me dio, asimismo, oportunidad de acercarme a los problemas europeos en el contexto global. Los encuentros del Club de Ro-

¹ Conferencia dictada el 16 de junio de 1994 en El Colegio de México, bajo los auspicios del Círculo Europeo en México y del Instituto de Estudios de la Integración Europea; versión actualizada, agosto de 1995.

ma, no obstante las impresiones muy rápidas que se adquirirían en ellos de los aconteceres europeos, permitían considerar la importancia de Europa en el conjunto.

Quisiera recordar, sin embargo, que en los años setenta y en particular en 1978, al regresar de dos conferencias en Europa y de varias visitas breves a amigos y colegas, me convencí de que era necesario, por lo menos en El Colegio de México, asumir con más constancia y rigor el estudio sistemático de la Europa contemporánea, en sus aspectos económico-sociales, políticos y culturales, y en sus relaciones con México y el resto de América Latina, así como con otras regiones. Los resultados de mi propósito en El Colegio no fueron de inmediato muy halagüeños, pues fuera de la visita de un profesor suizo que vino a dar uno o dos cursos, el interés en Europa dentro de nuestra institución no llegaba –salvo el individual de algunos profesores por determinados países en los que habían estudiado– sino a una muy pequeña proporción del que existía por explorar la relación México-Estados Unidos.

Por ello resulta hoy en verdad satisfactorio que el Instituto de Estudios de la Integración Europea, que tiene aquí su sede, y el Círculo Europeo en México, que desde 1991 cuenta entre sus miembros y asociados a centenares de egresados mexicanos de las universidades europeas, estén promoviendo actividades que nos acerquen más a la comprensión de lo que son y podrán ser en el futuro las naciones de Europa, y ayuden a que se conozca mejor en ellas nuestra propia situación y se avizore nuestro porvenir.

Europa reviste una importancia singular para el mundo contemporáneo. Su aspiración constante a la libertad y a la democracia, el fin de la guerra fría y la intensificación de los procesos integrativos previstos en el Tratado de Maastricht son, además, referencias de la mayor significación para los pueblos latinoamericanos que a lo largo de la historia han recibido sus variadas influencias y que a su vez desean, en los contextos actual y futuro, desarrollar con Europa una relación más intensa y beneficiosa.

Ahora bien, la Europa que yo conocí de joven, afectada hondamente por los efectos de la segunda guerra mundial y la recuperación de la posguerra, así como por el surgimiento de otra Europa tras la cortina de hierro, ha sido transformada de manera radical en lo económico y lo político. En los aspectos económicos, con el apoyo del Plan Marshall, con las ayudas específicas a Alemania y mediante el alivio de deudas en que Gran Bretaña y otros países habían incurrido con Estados Unidos durante el conflicto armado, una parte im-

portante de Europa no sólo realizó su reconstrucción sino que ingresó con rapidez al empleo de nuevas tecnologías industriales y se preparó para echar a andar un veloz proceso de elevación de los niveles de vida promedio.

En etapa temprana de este periodo, surgió la cooperación económica intraeuropea en contraste sumamente marcado con la fragmentación económica y el caos financiero y monetario que había caracterizado a los años treinta y la época prebélica. La economía de Europa había sido un enjambre de restricciones monetarias y comerciales, de deformaciones de los mercados y aun de implantación de sistemas –sobre todo el del régimen nazi– de planificación económica que respondían al autoritarismo más agudo y retrógrado, en este caso encaminado exclusivamente a preparativos de guerra o a fines de dominación política. De 1948 en adelante se consiguieron en progresión creciente la estabilidad y la convertibilidad monetarias, y se dieron los primeros pasos formales hacia la constitución de zonas de libre comercio y mercados comunes.

Marcaron después hitos de la mayor importancia el acuerdo de 1951 firmado por seis países para crear la Comunidad Europea del Carbón y el Acero; el Tratado de Roma de 1957 que estableció el Mercado Común Europeo (Comunidad Económica Europea), así como sus ampliaciones y extensiones hasta llegar a la Europa de los Doce; el Acta única que en 1987 entró en vigor; en 1992, el Tratado de la Unión Europea, conocido como el Tratado de Maastricht, que entró en vigencia en noviembre de 1993, y también a partir de ese año, el Espacio Económico Europeo, que sumó a los Doce del Mercado Común, si bien en un régimen de libre comercio solamente, los siete países que habían constituido años atrás la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC). En fecha reciente se incorporaron a la Unión Europea, como resultado de la ratificación del Tratado de Maastricht, cuatro países más: Austria, Dinamarca, Finlandia y Suecia. La Unión es hoy, en lo económico, sin duda alguna, la formación y construcción más audaz de un área integrada de que se tenga conocimiento en el siglo XX. Representa la acumulación de resultados anteriores que han sido calificados en lo general como rotundamente positivos, y ofrece un potencial a futuro de enorme dimensión.

La distensión política en Europa fue también resultado de la derrota del nazismo y de la conciencia y la práctica democráticas de las naciones victoriosas, con sus diversos matices. En los países contiguos al mar del Norte y los propiamente nórdicos, se desmantelaron las reglamentaciones de tiempo de guerra; la vida política, con alternancias

partidarias, retornó a sus cauces normales. El proceso de afirmación de la democracia en algunos países, sobre todo los conectados directamente con el Mediterráneo, fue más tortuoso e incierto, con avances y retrocesos, y al fin influyó en ellos la perspectiva de integrarse a la Comunidad Europea. Los enemigos básicos de antes, Francia y Alemania, hicieron las paces de inmediato y construyeron un inexpugnable baluarte económico-político de carácter democrático. En cambio, los países de menor nivel de desarrollo, en especial los ocupados por la Alemania nazi en Europa del este (incluido el importante segmento oriental de Alemania que fue soviético), no tuvieron oportunidad de constituirse en democracias europeas. Tampoco la tuvieron los Estados que en la posguerra fueron convertidos en dependencias políticas de la Unión Soviética. Por otra parte, la guerra fría agudizó estas tendencias desde el comienzo y creó nuevas tensiones, de las que los territorios ocupados o dominados sólo se liberarían a partir de 1989, en un proceso de transformación política y económica acelerada cuyo destino no es aún precisable. La división este-oeste, apoyada incluso en el poderío nuclear, creó odios internos y entre vecinos y afectó negativamente los niveles de vida en los países no democráticos de supuesta planificación económica centralizada o, en un caso, de régimen de autogestión. Por añadidura, tuvo repercusiones en el resto del mundo que no favorecieron la creación de condiciones adecuadas para el desarrollo económico del llamado tercer mundo, ni para la cooperación económica internacional.

Más aún, al derribarse el muro de Berlín no desaparecieron las suspicacias y, antes al contrario, han florecido incomprendiones generacionales y hasta entre una misma generación en ambas partes de Europa. Tales tensiones podrán tardar algún tiempo en desvanecerse. Los jóvenes de la Alemania llamada hasta hace poco "occidental" tienen grave dificultad, según tuve oportunidad de escucharlo en diciembre de 1993, para entenderse con sus coetáneos de la antigua Alemania oriental, por la distinta educación que han recibido y por sus percepciones discrepantes de la sociedad europea democrática y su funcionamiento. Debe haber situaciones semejantes entre las juventudes de los países de la antigua Europa oriental y las de Europa occidental, y más aún respecto de las juventudes de las repúblicas desmembradas de la antigua Unión Soviética.

En cuanto a características culturales, en el sentido más amplio de esta expresión —con sus individualidades de orígenes histórico y regional en las distintas partes del continente europeo y sus islas—, es poco probable que se adviertan diferencias señaladas respecto de la situa-

ción prevaleciente antes de la segunda guerra mundial. Existe un respeto sin igual a los orígenes de las civilizaciones europeas, a sus diversas manifestaciones artísticas, arquitectónicas, institucionales, folklóricas y otras, así como, con ciertas salvedades, a las relacionadas con la naturaleza y el ambiente. Pese a la llegada y rápida circulación o adopción de algunos aspectos culturales de otras regiones, en especial de la norteamericana —que los medios de comunicación masiva se encargan de extender y aun de promover principalmente con fines comerciales—, se tiene la impresión de que estas manifestaciones son relativamente superficiales y de que se confinan a determinados segmentos de las poblaciones juveniles. No parece haber verdaderos problemas de amenaza a las identidades culturales en Europa, con excepción tal vez de las corrupciones lingüísticas, sobre todo por la adopción del inglés y de los anglicismos en los lenguajes técnico, financiero, comercial y deportivo; en todo caso, será difícil revertir esta tendencia, que es parte de la evolución histórica de las lenguas, y proviene también de los grandes adelantos científicos y económicos de Estados Unidos. Europa, a diferencia de otras regiones, está en general tranquila con su cultura y su progresión, y ésta rara vez se convierte en polémica de orden político. Es más, la cultura política en Europa y el recuerdo de la segunda guerra mundial y de los genocidios contribuyen a la estabilidad aun dentro de los cambios que pudieran preverse (no sin excepciones, claro está, como la actual crisis en Bosnia). Existen bases sólidas en las cuales sustentar una Europa del futuro, como muchos lo han reconocido.

No obstante, han surgido problemas, tanto en lo económico como en lo político, que han inducido en ciertas esferas una buena dosis de escepticismo y, en otras, incluso de pesimismo.

Se reconoce desde luego que el menor dinamismo de las economías europeas en los últimos años ha originado, entre otras cosas, niveles de desempleo cercanos en promedio a 11% de la fuerza de trabajo. En algunos países se ha registrado desempleo hasta de 20%. Es cierto que uno de los pilares de la política social en los últimos 45 años ha sido la seguridad social, entendida como un sistema de protección que asegure incluso un ingreso básico al desempleado; sin embargo, el costo de estos sistemas o redes de seguridad ha llegado a constituir un elemento debatible de las políticas presupuestales, casi siempre a costa de la seguridad básica de la población, con el resultado de que el desempleo ya no es compensado plenamente ni por mucho tiempo.

Otro elemento que se relaciona con lo anterior ha sido la inmigración de mano de obra proveniente de países situados en las costas del Mediterráneo, inclusive de Noráfrica y aun de naciones al sur del Sáhara

y otras del continente africano, o del Oriente Medio y Asia occidental y meridional. Durante la gran expansión de las economías europeas de los años cincuenta y sesenta, los trabajadores migrantes encontraron empleo, acomodo e ingresos en las economías de mayor nivel de desarrollo de Europa, es decir, las más industrializadas. En los últimos tiempos, con otras características lo mismo étnicas que de origen nacional, culturales, educativas y aun religiosas, la migración ha encontrado fuertes resistencias ante el creciente desempleo general. La falta de absorción en los mercados de trabajo, aunada a la concentración de la inmigración en las grandes ciudades, ha conducido a manifestaciones de rechazo, en algunos casos con fuerte tinte político y aun racista. Estas turbulencias difícilmente podrán ser atenuadas mientras las economías europeas no asuman mayor dinamismo. Se trata a su vez de una perspectiva que, si bien dependerá de un nuevo impulso al mercado común europeo, está condicionada además por los limitados horizontes inmediatos de la economía global, por las escasas ampliaciones del comercio mundial a las que pudiera contribuir el nuevo GATT y, en particular, por la poca capacidad económica de las regiones del mundo cuyo desarrollo se ha detenido en gran medida durante los últimos doce años. Dependerá, además, del resultado de las transformaciones económicas y políticas en que están empeñados los países que antes integraban la Unión Soviética, especialmente Rusia, o que estaban bajo el dominio de ese sistema.

Europa se encuentra ante un espectro de incertidumbre en lo económico que se sitúa fuera de la capacidad de su propia integración económica como región. Y esto lleva a lo que ya ha de ser obvio: que Europa, si se concibe como una, deberá comprender la otra Europa, la exsocialista, que siempre ha tenido vínculos económicos con la Europa occidental, así como la de la Comunidad Europea. Sin duda que la vinculación se está tornando más abierta y mucho más sujeta a las vicisitudes de los mercados y a la capacidad de acumulación capitalista. Sin duda también que la transformación de las economías exsocialistas, incluso lo que fue Alemania oriental, ofrece grandes oportunidades de inversión para los capitales europeos (y ahí está además el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo para cooperar en esa tarea). Pero toda inversión procura obtener un rédito a mediano y largo plazos que la justifique, y no se prevé aún en qué forma y con qué intensidad las economías maltrechas del área exsoviética —y aun las que ya se habían orientado en medida limitada a las fuerzas del mercado, como Hungría y Polonia— podrán responder a la lógica del inversionista europeo occidental. Por otro lado, en el área oficial, es decir, de los gobiernos y de la Unión Europea, no se ha previsto, salvo dentro de la Alemania Fe-

deral reunificada y en relación específica con la economía de la antigua Alemania oriental, ningún equivalente del Plan Marshall para la reconstrucción económica de la Europa del este, ni de Rusia y las repúblicas que componen la nueva confederación. Recuérdese, sin embargo, que dentro de la Comunidad Europea, hoy la Unión Europea, han existido siempre mecanismos de inversión y de apoyo financiero y técnico a las zonas de menor desarrollo en los países comunitarios. Esta política de apoyo constituye un antecedente para una política futura similar en favor de zonas de menor desarrollo dentro de los países que gradualmente vayan relacionándose con la Unión.

Un aspecto que también debe tenerse en cuenta es que la rehabilitación de las economías que estaban sujetas a los regímenes de planificación central requiere no solamente de infusiones de capital sino también de nuevas tecnologías, y entre éstas no sólo las estrictamente aplicables a la producción, sino las de gestión empresarial, distribución y mercadeo. Muchos de los aspectos de la transferencia de tecnología de las economías de Europa occidental a las economías en transformación de la Europa exoriental y exsoviética participan, por cierto, de la problemática norte-sur, con la diferencia de que los niveles de educación y capacitación, aunque no los de gestión empresarial, en la Europa hoy ampliada son muy superiores a los de los países del sur —el mundo en vías de desarrollo. Hasta ahora la transferencia de tecnología norte-sur no ha alcanzado mucho éxito, sobre todo donde las condiciones locales no han sido favorables, por lo que ello no necesariamente servirá como modelo.

Otro aspecto difícil del posible acercamiento de las economías de la Unión Europea a las de las nuevas repúblicas independientes del área exsocialista —que merece subrayarse por ser un elemento clave para la expansión y el desarrollo económicos— es el estado en que se encuentra la infraestructura de las nuevas economías en transformación. Existen fundadas dudas sobre la capacidad de esa infraestructura para responder a una nueva economía de mercado, más integrada a la de la Unión Europea, principalmente en lo que respecta a transporte, generación de energía, sistemas de mayoreo y distribución, y otros. No se trata simplemente de abrir las fronteras para que fluyan de manera automática los productos en ambos sentidos.

La Europa de los ya Dieciséis incorpora otra característica que hará muy enredado armonizar sus políticas económicas y de cooperación con Rusia y los demás países que han abandonado la planificación central, y es la política agrícola común. Ésta ha consistido en lo esencial en una protección muy considerable, vía subsidios, a la actividad agropecuaria,

a expensas del consumidor europeo que paga precios más elevados y del productor del resto del mundo que, en bienes agropecuarios básicos como los cereales y la carne —y aun en otros no tan básicos como el plátano y el café—, sólo tienen acceso restringido a los mercados europeos y deben esforzarse en frustrantes negociaciones para obtener tratamientos comerciales más favorables y equitativos. Como es bien conocido, la economía agropecuaria de los países exsocialistas no se ha caracterizado por ser eficiente, además de estar sujeta a variaciones meteorológicas con frecuencia desfavorables. Rusia y otras repúblicas de la nueva Confederación de Estados Independientes son normalmente deficitarias en granos, los cuales les abastece Norteamérica (Estados Unidos y Canadá) con cargo a sus excedentes también subsidiados. Los integrantes de la Unión Europea distan mucho de acercarse a un sistema desregulado de producción y comercialización de la agricultura, y persisten aún fuertes conflictos entre ellos, de los que dan cuenta espectacular los medios de comunicación. La agricultura tendrá que ser reanimada en muchos de los países de Europa oriental, algunos de los cuales, como Polonia, podrán tener excedentes que querrán colocar en Europa occidental, mientras que en lo que respecta a determinados productos querrán recibir las exportaciones subsidiadas de la Comunidad. Lo más que puede decirse a estas alturas es que el área agropecuaria será de incertidumbre y de conflictos potenciales.

En resumen, la tendencia a una integración económica europea basada en el Mercado Único y que se promueva más allá de la Unión Europea tropezará con obstáculos difíciles de vencer, que estarán sin duda en la agenda prioritaria del futuro de Europa como región. La aplicación del Tratado de Maastricht ha tenido ya algunos problemas, y la situación económica actual de los países comunitarios puede estar afectando la voluntad política para dar nuevo impulso y asentar firmemente la nueva construcción implícita en las disposiciones vigentes este año de 1995, en especial para abordar los problemas sociales, de empleo y seguridad familiar. Los desafíos parecen ser inéditos.

De la preocupación por el presente de Europa, tanto en lo económico como en lo político, y aun en el terreno de lo comunitario, se adelantan ya en muchas instancias ideas sobre el porvenir de Europa, teniendo en cuenta en especial la situación creada por la desaparición del régimen soviético y la transición hacia regímenes democráticos y economías de mercado.

¿Cómo ven algunos sectores europeos la nueva perspectiva de la propia Europa? Sin que se haya tratado de un examen a fondo, ni de todos sus aspectos, es de interés referirse a lo que fue el tema central

de la conferencia anual del Club de Roma, llevada a cabo en Hanover, Alemania, del 30 de noviembre al 3 de diciembre de 1993. Las discusiones, que congregaron fácilmente a más de 200 participantes, tanto miembros del Club de Roma como varias personalidades políticas y un número importante de invitados especiales de los sectores empresarial y académico, tuvieron por objeto discutir sobre "La visión de Europa 2020 y las responsabilidades nuevas en un mundo cambiante". Entre otros documentos, se hizo circular un informe de un grupo de trabajo auspiciado por el propio club y la Fundación Banco Bilbao Vizcaya, que después apoyaron la Fundación Bertelsman y la Fundación IPI de Alemania, titulado *La Europa que sigue: alternativas y estrategias hacia una visión nueva de Europa*.² Este informe fue el producto de varias reuniones efectuadas durante 1993 bajo la coordinación del profesor Michel Foucher, de la Universidad Lumière de Lyon, con la participación directa de profesores universitarios de Alemania, Austria, España, Francia, Israel, Polonia y el Reino Unido.

Los autores de este estudio se abocaron a la consideración del futuro de Europa a partir de un diagnóstico que tiene en cuenta la aparente confusión y las dudas que existen en relación con las perspectivas tanto políticas como económicas, a la luz de la larga historia institucional de Europa y el firme compromiso individual y colectivo con la libertad que ha distinguido a esa región. Sostienen que el fin de la guerra fría ha despejado el terreno y representa una oportunidad histórica para construir una Europa civilizada, democrática y cooperativa que se extendería a todo el continente. Para el grupo de estudio, Europa es una, desde el Atlántico hasta Rusia, y desde el mar Blanco hasta el mar Negro. Se hace referencia incluso a la necesidad de crear un "imperativo continental" como dimensión a largo plazo, lo que requerirá presentar a los ciudadanos de Europa una visión de seguridad vinculada al progreso económico, en la que el mercado no se vea como respuesta a todos los males y problemas. Ello exigirá reformar muchas instituciones y reforzar las comunitarias, promover políticas sociales activas, e incluso acentuar la transferencia de recursos a las periferias este y sur de Europa –hoy en día las más vulnerables–, con pleno respeto a los derechos individuales y a las prácticas democráticas en todos los niveles.

² Fundación BBV, *The Next Europe: An Essay about Alternatives and Strategies Towards a New Vision of Europe*, informe elaborado por un grupo de trabajo de la Fundación BBV, bajo la coordinación del profesor Michel Foucher, Hanover, 25th Jubilee Congress of the Club of Rome, "Europe Vision 2020: Its New Responsibilities in a Changing World", 1-3 de diciembre de 1993.

En relación con los Estados que formaban el bloque soviético, el informe recomienda un programa de cooperación financiera de bastante envergadura por parte de Europa occidental, con el fin de estabilizar a las nacientes democracias del este y acelerar su transición, lo que extendería y ampliaría los mercados continentales en beneficio de ambas partes. Se requerirían por supuesto otros elementos de política económica, sobre todo en el área monetaria, y habría que asumir responsabilidades de seguridad y defensa. Por otro lado, se prevé que una estrategia de expansión debe ser puesta en vigor con rapidez, con vistas a una Unión Política Europea o Confederación de Estados Democráticos Europeos que, además, pueda extender su radio de acción o influencia a los países circundantes en el Mediterráneo y el Oriente Medio. Para los autores del informe, la convergencia económica, proceso que por fuerza tiene que ser lento, deberá ceder el paso a la consolidación democrática. Tienen ellos plenamente en cuenta la cuestión de las diversas identidades europeas, que deberán respetarse pero canalizando las energías divergentes hacia la producción de mutualidad y cooperación.

Es una visión a plazo bastante largo, al año 2020, y como en todas estas visiones del futuro el *quid* está en el "cómo". Los autores del trabajo no evitan entrar en este terreno y ponen bastante acento en consolidar y transformar la educación y la capacitación ciudadanas en función de los objetivos, como parte de una dimensión cultural del cambio, aunque no van mucho más allá.

En la asamblea del Club de Roma el informe no alcanzó a ser discutido con la atención y el detalle que merecía, pero produjo diversas reacciones, principalmente enfocadas a la situación poco favorable de las economías europeas en la actualidad, a la persistencia del desempleo que en gran parte es de carácter estructural y, sobre todo, al impacto de la reunificación alemana y de las transformaciones y titubeos de Rusia y de los estados asociados a ella. También se insistió en la posición todavía no muy bien definida de los estados, viejos y nuevos, que antes constituían la Europa del este, algunos de los cuales han entrado en relación económica crecientemente vinculada a Europa occidental. Muchos de los comentaristas provenían de los sectores empresarial y político alemanes, y puede comprenderse que su interés era más inmediato y no de horizontes a muy largo plazo. Un participante ruso, Mijail Gorbachov, previó con ánimo entusiasmado la creación de una gran Europa desde el Atlántico hasta Vladivostok, a lo que el coordinador del estudio respondió que para eso habría que esperar tal vez hasta el año 2040.

Tres comentarios principales pueden hacerse a la visión de la nueva Europa presentada por los expertos: una, que la idea del “imperativo continental”, no obstante algunas referencias a zonas aledañas, tiene un sabor de geopolítica a la antigua, es decir, relacionada directamente con territorios y no con los nuevos paradigmas donde entran en juego la tecnología, la comunicación electrónica instantánea, los impactos transculturales de la globalización y la desregulación del comercio internacional. Tampoco se tiene suficientemente en cuenta, aun cuando pudiera estar implícito, que Europa, o la gran Europa futura, no sería solamente un conglomerado de Estados independientes con cesión parcial de soberanía en muchos aspectos a las autoridades comunitarias, sino que englobaría a la vez una gran diversidad de regionalismos económicos y culturales trasfronterizos y a veces de circunscripción limitada. En un mundo de respeto a las identidades locales y de aceptación de políticas de desarrollo fragmentadas y referidas a comunidades subregionales, estas afinidades exigirán probablemente la compatibilización entre regiones que están bajo más de una soberanía nacional y los estados nacionales que al fin y al cabo se ven en la necesidad de establecer objetivos nacionales en muchas áreas, además de sus compromisos comunitarios. Las regiones y subregiones demandan mayor reconocimiento y autonomía. (Pueden darse ejemplos: Alsacia en la frontera franco-germana, la Bélgica valona y el norte de Francia, los países vascos español y francés, el norte de Austria con Alemania del sur, Austria con la República Checa, la Bohemia checa y el sureste de Alemania, Maastricht y la zona vecina de Bélgica, el norte de Dinamarca y el sur de Suecia, Irlanda del Norte, etcétera.)

El segundo comentario es que en toda la visión que se presenta, poco se dice de las relaciones entre Europa y otras regiones o continentes, más allá de los confines del Mediterráneo. Es casi como si ese “imperativo continental” de la Europa ampliada tuviese como contraparte una especie de “fortaleza Europa” que no viviría imbricada en las relaciones con Norteamérica, América Latina, África, Asia y Oceanía, ni sería afectada por lo que en estas otras latitudes sucediera, sobre todo teniendo en cuenta la enorme brecha entre las sociedades del mundo postindustrial del norte y las economías y sociedades del sur, generalmente empobrecidas y con tendencia a la sobrepoblación y a la emigración al norte. Cabe preguntarse, ¿abriga Europa una estrategia mundial o se refugiará en el llamado eurocentrismo?

Y el último comentario tiene que ver con la reconsideración que en todas partes empieza a hacerse de los impactos ambientales de la acción humana —la industria, el transporte, la urbanización excesiva y

la agricultura moderna—, más los resultantes de la falta de educación y capacitación y otras carencias de carácter social. Después de la Conferencia de las Naciones Unidas en Río de Janeiro en 1992, referida al medio ambiente y al desarrollo —que por lo menos consagró el concepto del desarrollo sustentable como punto central de apoyo de la actividad humana, viendo hacia el futuro, frente a las amenazas de deterioro o extinción de los recursos naturales y al mal uso de éstos—, la visión de Europa que presenta el informe preparado para la asamblea del Club de Roma hace caso omiso de la problemática ambiental europea —o da por supuesto, sin mencionarlo, que las políticas ambientales van muy bien encaminadas, aun en los países del área exsoviética. A este respecto, el documento tampoco recomienda adoptar como requisito para una mejor calidad de vida de los europeos, y de éstos en relación con las demás regiones, la noción del desarrollo sustentable, o siquiera programas de economías en materia de energéticos. El concepto del desarrollo sustentable tiene por cierto su origen en ideas y estudios llevados a cabo desde hace 25 años precisamente en instituciones europeas, y se ha incorporado ya a las políticas comunitarias de la Unión Europea, a las recomendaciones de la OCDE y a las políticas nacionales de todos los países miembros de ésta y otros. ¿Cómo se explica esta omisión importante, que para Europa tiene no sólo un costo real en su adopción sino que afectará sus relaciones con otras regiones, sobre todo con el Oriente Medio, su principal abastecedor de petróleo crudo?

Para terminar, y sin que se considere que el estudio comentado sea el más significativo que se haya producido sobre el futuro de Europa, pues puede haber otros ya conocidos o en proceso pero que no estén al alcance de cualquier observador, habría que acentuar lo positivo y no entretenerse demasiado en las dificultades coyunturales u otras del presente. Lo más positivo es verificar la trayectoria constructiva extraordinaria —podría decirse irreversible— de la Comunidad Europea, hoy Unión Europea, los beneficios que ha producido a sus poblaciones y el potencial que ofrece. Igualmente importante es la consolidación democrática en los países europeos y la capacidad de los sistemas políticos para enfrentarse al cambio, a nuevas condiciones en las que las generaciones jóvenes tienen cada día más que decir, pese a problemas específicos que han surgido y puedan seguir surgiendo. Por otro lado, la base institucional, tanto en la educación universitaria como en las investigaciones científica y tecnológica y su aplicación en la industria, los servicios y otros sectores, sigue siendo no sólo muy sólida sino que va en sentido ascendente. Las dificultades a corto plazo en las econo-

mías europeas, y los efectos negativos para el empleo de muchos de los grandes ajustes estructurales y tecnológicos de la industria, no deben de manera alguna desestimarse; pero cabe abrigar la esperanza de que la madurez política que prevalece y el agujijón constante representado por la Comisión de la Unión Europea y el Parlamento Europeo lleven a la superación de muchos de los impedimentos actuales, a la reanudación de un periodo de expansión que garantice mayor volumen de empleo e ingresos y, por cierto, estimule el interés de Europa en compartir su éxito con áreas menos favorecidas de la economía mundial, como la latinoamericana.

Para ello será necesario también, entre otras cosas, que los europeos, de toda la gran Europa del presente y del futuro, comprendan mejor las condiciones en que se desenvuelven las áreas menos favorecidas del mundo. En el caso nuestro y de otros países de América Latina y el Caribe, tal vez sea ésta una de las finalidades que el Instituto de Estudios de la Integración Europea, así como los Círculos Europeos establecidos en los países de nuestra región, deban promover con los medios a su alcance —además de sus muchos otros objetivos.